

al general Harispe el fuego de las avanzadas, montó a caballo con el 2.º regimiento de husares e hizo que le siguieran dos compañías de cazadores de los regimientos 115.º y 117.º de línea, y no vacilando ante la vanguardia enemiga, cargó a toda rienda y la arrolló a lo lejos de la llanura. Esta primera ventaja le daba tiempo de volver sobre la ciudad para contener a la guarnición, que toda junta empezaba a desembocar por el puente del Segre y en medio de los gritos de júbilo de los habitantes. El general Harispe con el regimiento 117.º de línea y su bravo gefe el coronel Robert, atacó a esta guarnición a la bayoneta y la rechazó sobre el puente, forzándola a meterse de nuevo en la plaza.

Estas dos rápidas acciones dieron tiempo a la división de Musnier para pasar el río por Alcoletge, lo mas arriba de Lérida, segun se ha dicho, y para trasladarse al campo de batalla. En vez de bajar a lo largo del Segre para juntarse al general Harispe y dar frente en union suya al camino real por donde avanzaba el enemigo, cayó Musnier diagonalmente, y por la línea mas corta sobre el flanco de las dos divisiones españolas en la llanura de Margalef. Delante de su infantería iba el regimiento 13.º de coraceros, único de caballería de esta clase que servia a la sazón en España, fuerte de mil doscientos caballos y mandados por un oficial excelente, el coronel de Aigremont. Apenas llegados a alcance del enemigo se alinearon los coraceros en batalla, teniendo cañones en las alas y amenazando el flanco de los españoles. Despues de un fuego bastante vivo de artillería, avanzó la caballería enemiga para cubrir su infantería, y los

coraceros la cargaron y arrollaron al galope. Entonces los guardias walones formaron el cuadro para proteger a su vez a la caballería; pero, continuando los coraceros la carga, rompiéronlo seguidamente y deshicieron a cuantos quisieron imitar el ejemplo de los walones. Poco despues obligaron a mas de seis mil hombres a rendir las armas, y dispersáronse los demas a todo correr por los caminos de Cataluña. Se les cogió gran cantidad de cañones, de banderas y de bagajes.

Tras de esta brillante victoria no habia ya que temer que fuera perturbado el asedio. Queriendo averiguar Suchet si este combate, que debía privar a la plaza de todo socorro, habia desalentado a sus defensores, desplegó sus prisioneros en la llanura, ofreciendo al gobernador que enviara un oficial para contarlos, é intimándole de paso que se rindiera. Briosamente le respondió el gobernador que jamas la guarnición, para defenderse, habia contado con extraño socorro, y menester fue por tanto emprender el sitio.

Abrióse el 29 de abril la trinchera. Dificiles fueron los trabajos, no á causa de la dureza del terreno, sino de las aguas del Segre que se esparcian por los alrededores, de la primavera muy lluviosa y de la artillería del castillo, que molestaba mucho. Se practicaron presas en ciertos canales para alejar las aguas de nuestras trincheras, y se evitaron quanto fue posible los fuegos del castillo. Mientras se proseguia el avance, juzgando el coronel Haxo que sería muy ventajoso tomar el fuerte de Gardén, que era la verdadera llave del castillo, hizo que los dos reductos de San Fernando y el del Pilar fueran atacados. Se venció en uno y se fra-

casó en otro y hubo necesidad de renunciar á los dos por entonces.

Durante este tiempo se continuaron los trabajos de aproche, dirigiéndose sobre dos bastiones, los del Carmen y la Magdalena, y se rechazó una fuerte salida de la guarnición. Hallándose el 6 y el 7 de mayo construidas y armadas todas las baterías, una para derruir los parapetos y hacer callar la artillería de la plaza, otra para disparar fuegos curvos sobre el castillo, se comenzó el cañoneo. Nuestra artillería lo sostuvo al principio con gran viveza, pero tuvo que sufrir mucho de la del castillo, que la desmontó varias piezas y la obligó á suspender el fuego para disponer nuevas baterías y modificar la dirección de las antiguas. Una se estableció á la izquierda del Segre, para batir el puente y disparar de rebote contra los bastiones atacados. En estas nuevas obras se gastó desde el 6 hasta el 12 de mayo, día en que se volvió á romper el fuego con buen fruto, apagándose el de la plaza, y haciendo menos peligroso el del castillo por la circunstancia de estar ya mas cerca. Al cabo se pudo batir el muro y abrir una ancha brecha de modo de ser practicable el asalto.

Hasta aquí la idea del general Suchet y del coronel Haxo había sido caer á la vez sobre la ciudad y el castillo, dirigiendo el ataque de suerte que se amontonara en el castillo la población toda, y solo algunos dias tuviera con que alimentarse. Para asegurar este efecto había que poseer el fuerte de Garden ó al menos las obras exteriores en las cuales pudiera la población hallar asilo.

En la tarde del 12 de mayo hizo el general Suchet atacar los reductos del Pilar y de San Fernan-

do, así como el hornabeque que los unia al fuerte de Garden, por tres columnas escogidas, á cuya cabeza iban los generales Verges y Buget y el oficial de ingenieros Plagniol. Tomado fué el reducto del Pilar y también el hornabeque, parte por escalada, parte por un ataque directo á una de las entradas, cuya barrera fué abierta por el sargento Maury á hachazos. Igualmente se tomó el reducto de San Fernando por escalada. Perdimos en estas diversas acciones como cien soldados, y no bajaron de trescientos ó cuatrocientos los que murieron del enemigo. Aunque el fuerte de Garden no quedara por nuestro, se había logrado el designio, pues á la población de la ciudad no podían servir de refugio los terrenos comarcanos.

Alcanzada del todo esta precaución bien entendida, el general en gefe y el coronel Haxo quisieron asaltar el 13 de mayo la plaza. Enteramente practicables eran las brechas en los bastiones del Carmen y la Magdalena, y no había mas que tomarlas. Dos columnas estaban destinadas para subir á la par al asalto: una por la izquierda y á lo largo del rio debía atacar el bastion del Carmen, mientras, forzando el general Harispe el puente del Segre, intentaba coger de revés á los defensores de este bastion; otra á la derecha debía asaltar el bastion de la Magdalena, mientras una compañía de minadores iba á derribar á hachazos una puerta cerca de aquel punto, para que por allí entraran las tropas. A la cabeza de las reservas se debían de mantener el general en gefe y el coronel Haxo en las trincheras, para acudir á donde la necesidad lo exigiese. Por hallarse de servicio aquel dia en las trincheras, el general Haubert y el coronel

Rouelle eran los que mandaban las columnas de asalto.

A la caída de la tarde y previa la señal de cuatro bombas, se lanzaron las dos columnas de las trincheras á las brechas y treparon á lo alto de ellas á pesar de un espantoso fuego de frente y de flanco. Cuando llegaron al baluarte se desordenaron un momento, pero el general Haubert las volvió á llevar adelante espada en mano, y penetraron en la ciudad que hallaron barreada detrás de los bastiones, que acababan de ser tomados. Destinados estaban á proveer á esta dificultad los ataques accesorios. Despues de un combate cuerpo á cuerpo, el teniente de minadores Romphleur hizo abrir la puerta situada cerca del bastion de la Magdalena e introdujo por allí las columnas que aguardaban fuerza. Estas columnas avanzaron por la calle Mayor, tambien barreada: el capitán de ingenieros Vallentin, con el sargento de zapadores Baptiste, saltó por entre un fuego de los mas vivos á la principal barricada y la echó abajo, y así se hizo que cayeran uno tras otro los obstáculos interpuestos detrás del bastion de la Magdalena. Igual fué el éxito á la parte del bastion del Carmen: tomando el general Harispe el puente del Segre, ya penetraron en la ciudad todas nuestras columnas, lanzando remolinadas á la poblacion y á la guarnicion hácia las rampas del castillo. Muy pronto esta poblacion espantada se precipitó detrás de la guarnicion á la misma fortaleza y buscó refugio dentro de sus fosos. Toda la noche el general Suchet abrumó con metralla, bombas y granadas aquel estrecho recinto atestado de hombres, mujeres y niños que lanzaban alaridos horriblos;

escena terrible é inevitable, porque el éxito del asedio dependia de la desesperacion á que se redujera á aquellos infelices habitantes amontonados en el castillo.

Por mucha que fuera en efecto la decision de la guarnicion y de su gefe, no habia posibilidad de dar á aquella poblacion abrigo ni alimento y menos dejarla morir indiferentemente al estallido de las bombas y las granadas. Al medio dia del 14 de mayo Garcia Conde enarboló bandera blanca y rindió la guarnicion prisionera de guerra, despues de oponer á los franceses cuanta resistencia fué posible.

Este excelente asedio, que nos costó un mes de embestida, quince dias de trinchera abierta y setecientos hombres muertos ó heridos, nos proporcionó ademas de la plaza mas importante de Aragon, siete mil prisioneros, ciento treinta y tres bocas de fuego, un millon de cartuchos, gran cantidad de pólvora y de fusiles y almacenes muy bien provistos, habiendo ascendido á mil doscientos hombres la pérdida de los contrarios. Tal conquista produjo viva sensacion en aquella parte de España, y disminuyó mucho la confianza que los habitantes habian adquirido en sus murallas á vista de la resistencia de Gerona.

Descontento muy pronto Napoleon con el mariscal Augereau, le acababa de dar por sucesor al mariscal Macdonald, que era de gran peso en un campo de batalla, bien que poco idóneo para una guerra de ardides, la cual requeria juventud, presteza y fecundidad de recursos. Queriendo Napoleon dejar á cargo de Suchet esta guerra de sitios, en que parecia excelente, le agregó la mitad del

ejército de Cataluña con la mitad del territorio de esta provincia larga y estrecha, y para cuando llevara á remate la toma de las plazas de Aragón, le fió la difícil tarea de conquistar asimismo las de Cataluña, especialmente Tarragona y Tortosa, situadas una á orillas del mar y otra en las bocas del Ebro. Su acción debía reconcentrar el mariscal Macdonald entre Barcelona, Hostalrich, Gerona y la frontera, sin perjuicio de acudir á donde pudiera cooperar á los grandes asedios que Suchet tenía ya á cargo.

Mientras en Aragón se verificaban estos sucesos, Napoleón había obligado por fin al mariscal Massena á trasladarse desde París á Salamanca. Ya hemos dado á conocer los motivos que, imposibilitándole colocarse personalmente á la cabeza de sus ejércitos de España, le decidieron á conferir el mando principal á Massena. Dos veces probado el mariscal Soult contra los ingleses, en la Coruña una y en Portugal otra, no acreditó vigor bastante para inducir á que se les opusiera de nuevo. Por el contrario el mariscal Ney estaba dotado de la energía necesaria para luchar contra tales enemigos, pero nunca había mandado en jefe, y ante un capitán de la perspicacia de lord Wellington se necesitaba un general consumado que juntara á una gran energía de carácter aquel hábito de mando que dilata el espíritu y temple el alma á todas las ansiedades de una responsabilidad superior; y nadie en el imperio estaba más cortado para papel de esta importancia que el mariscal Massena, con su talento natural y pronto, su golpe de vista bien ejercitado y su alma de hierro. Este mariscal famoso, con Ney y Junot por lugartenientes, debía su-

perar todas las dificultades, si Ney quería consentir en ser el segundo, y si Junot olvidaba que en Portugal había ya mandado en jefe. Por desgracia Massena, experimentado en veinte años de campañas, se resentía ya de sus largas fatigas. Dotado de un juicio político igual á sus talentos militares, no necesitaba de la sangrienta y gloriosa lección de Essling para concebir que bajo el reinado actual se traspasaban los límites de la prudencia en todo y se caminaba á una catástrofe á pasos de gigante. Habiendo hecho toda clase de guerras en Calabria, Italia, Alemania y Polonia, nada bueno auguraba de la que tan pertinazmente se sostenía en España, y de ningún modo sentía deseo de ir á comprometer su alto renombre sobre un teatro, donde parecía que se juntaban á la vez todas las dificultades suscitadas por Napoleón contra su fortuna. Así á encargarse de la campaña de Portugal manifestó gran repugnancia, y estrechado por Napoleón á dar las razones que le servían de fundamento, sobre las de las dificultades de la operación y la insuficiencia de recursos, que sospechaba sin conocerla, alegó las de su salud ya harto quebrantada, de su fuerza moral debilitada con su salud acaso, y de mandar á lugartenientes que se consideraban sus iguales y no acostumbrados á obedecer más que á Napoleón mismo. Condiendo en París el susurro de las disensiones entre el mariscal Ney y el mariscal Soult, desalentábase más esta circunstancia para aceptar el mando que se le ofrecía. Napoleón con aquella familiaridad seductora y dominante, de que sabía usar respecto de sus antiguos compañeros de armas, acarició al veterano, recordóle su gloria, su proverbial brio, le

dijo lo que siempre gusta oír repetir aunque no se crea, que nunca se había mostrado mas joven y vigoroso que en la última campaña; que en el ejército sonaba su nombre de boca en boca; que ninguno de sus lugartenientes tendría tan poco talento que se considerara igual suyo; que si con otros que él habían escatimado la obediencia, ninguno de ellos se atrevería a negarla a su superioridad, á sus años, á la confianza imperial con que estaría manifestamente investido; que si eran mariscales y duques, él era príncipe y era Massena; que á mayor abundamiento se proveería á todo y se avasallarian las malas voluntades, reduciéndolas á la nada; que respecto de su salud, el clima de Portugal era el mas benéfico que podía hallar para reponerla; que descanso ya había gozado y gozaria mas aun, pues había que emplear tres ó cuatro meses en asedios antes de comenzar las operaciones ofensivas; que medios se le proporcionarian en abundancia y no tendría menos de ochenta mil hombres á sus órdenes y con un material inmenso; que así había mas de lo que se necesitaba contra treinta mil ingleses, aun cuando les ayudaran el clima y la insurrección portuguesa; que todo se limitaba á una buena embestida, y que, fiándole esta operacion, le reservaba la última gloria que había por conquistar acaso, pues la paz se seguiría probablemente, y el nombre de Massena, uno de los primeros que se habían pronunciado el empezar las guerras del siglo, sería aun el postrero que resonara en los oídos de la generacion presente; que figuraria á la vez como el mas glorioso y popular soldado de Francia, yendo á conquistar esta paz marítima, única deseada por ser la sola

aun no obtenida. Todas estas reflexiones acompañadas de mil propósitos familiares y halagüenos, sin persuadirle, arrastraron al viejo Massena, que ademas nombrado príncipe de Essling pocos meses antes, colmado de honores y de riquezas, nada podía negar al mas dadivoso de los soberanos. Sometióse, pues, con la tristeza de un talento penetrante, que por gratitud y por obediencia, podía rendirse, pero nunca hacerse ilusiones.

Habiendo admitido Massena el mando del ejército de Portugal de buen ó mal grado, encaminóse á Salamanca donde su llegada infundió espanto á los *insurgentes*, confianza á los soldados y algun disgusto á Ney y á Junot, sus dos principales lugartenientes. Junot había sido en Portugal general en jefe, casi monarca, y volver allí de lugarteniente costaba no poco á su orgullo. Ney, que había servido á pesar suyo bajo las órdenes del mariscal Soult, á quien se consideraba superior, servia con menos despecho á las órdenes de Massena, reputado como el primer hombre del ejército francés; pero había esperado la honra de ser personalmente opuesto en primera línea á los ingleses, y experimentaba un penoso chasco, viéndose llamado á mandar en calidad de segundo. Sin embargo, no manifestó todo el desagrado que sentia, y por respeto á un gran nombre, ya tambien por temor á las severidades de Napoleón, que estuvo á pique de sufrir el año antecedente. Pero los sentimientos disimulados no tardan en revelarse, y sobre todo en las almas fogosas vehementemente excitadas por los terribles sacudimientos de la guerra. Ney y Junot debían suministrar la prueba muy pronto.

Para colmo de desdicha, Massena poseía el vi-

gor, mas no la dignidad del mando. Sencillo, sin exterior que impusiera, no procurando jamas hacer gala de su talento a pesar de ser muy notable, negligente hasta cuando desplegaba toda la actividad de la juventud, ya muy hastiado de la guerra, sacrificando mucho a sus placeres, no tenia aquella elevacion de actitud, natural ó estudiada, que impone a los hombres, que constituye uno de los talentos de mando, que el mismo Napoleon descuidaba á veces, bien que la supliera con la magia de su genio prodigioso, de su gloria deslumbrante y de su sin par fortuna. Llegando Massena á su cuartel general con muy poco aparato, acogiendo á sus lugartenientes, ya descontentos, con una sencillez amistosa, pero poco expresiva, llevando un séquito nada selecto y especialmente una cortesana, quejándose indiscretamente de su fatiga, no cautivó el afecto ni la veneracion de los que debian ser en su ayuda. *Massena ha envejecido*, fué la frase que seguidamente se oyó repetir alrededor del mariscal Ney en Salamanca y alrededor del general Junot en Zamora. Ya fuera que efectivamente Ney y Junot creyesen envejecido á Massena, ya que sus lisongeros (pues en los estados mayores no abundan menos que en las córtes) adivinasen que el decirlo así era una manera de agrardarles, esta frase desatenta se oyó muy luego casi en todas las bocas. Además Ney y Junot, á causa de su importancia personal, presumieron de no ser lugartenientes ordinarios y de no estar reducidos á la comun obediencia. De prestarles asenso, Massena se debia limitar á dirigir el conjunto de las operaciones, dejando á cada uno de ellos en su cuerpo el papel de general en jefe. Massena no

podia ignorar tales discursos y pretensiones, pues si hay aduladores que inventan frases, háilos tambien que dan noticia de ellas:— ¡Me hallan envejecido! exclamó con enojo; yo les haré ver que mi voluntad no ha envejecido por lo menos, y que sé hacerme obedecer de los que están bajo mi mando. Esto era comenzar una campaña difícil bajo malos auspicios, y era una conducta punible por parte de los lugartenientes de Massena, y sobre todo por parte del general Junot, que no tenia el grado ni el mérito del mariscal Ney, cuyo orgullo por consiguiente merecia menos excusa, y que habiéndose hallado, jóven aun, á las órdenes del mariscal Massena, debia estar acostumbrado á obedecerle. Otro lugarteniente, el general Reynier, cuyo cuerpo habia de juntarse al ejército de Portugal, se portó mejor, á lo menos en el principio. Educado en el ejército del Rhin, habituado á la disciplina, poco mimado por la fortuna, acogió la llegada de su general en jefe con el respeto de un oficial modesto y grave, y lo acreditó con una correspondencia llena de exactitud y de defereencia (1).

(1) A menudo, cuando se quiere entrar en tales particularidades, hay el riesgo de no dar mas que pormenores imaginarios. Por fortuna aqui se pueden puntualizar con exactitud las escenas pasadas entre el general en jefe y sus lugartenientes, pues, además de muchas correspondencias de oficiales, existe la del intendente general de policia de Portugal, de quien ya he hablado, el cual era un hombre agudo, benévolo, extraño á todos los partidos que dividian al ejército, interesadísimo en el éxito de la expedicion, mirando solo á los que la comprometieron de mal ojo, dedicando infinito esmero á decir la verdad á Napoleon, en cuyas manos ponía directamente su correspon-

Estas dificultades de personas no eran las menores ni las mas graves entre las que iba á encontrar Massena. A la verdad Napoleon habia preparado muchos cuerpos, que juntos presentarian una fuerza imponente; pero no estaban organizados todavía en ejército. No habia estado mayor general, ni intendencia militar, ni hospitales, ni medios de transporte, ni parque general de artillería, ni sobre todo artillería de sitio. Para adquirir el material necesario hubiera sido menester dinero contante, porque, si echando mano implacablemente sobre el terreno á la hacienda de los habitantes, se hallan trigo, vino, ganado, no asi cañones, morteros, cureñas, útiles, cajones; pero Napoleon, como se ha visto, no queria ya enviar mas fondos á España, la fin de hacer que se los proporcionaran sus generales. Fatigado además de esta guerra que consumía secretamente las fuerzas de su imperio y empezaba á aburrirle, no le dedicaba atención bastante. Hacia leer al mayor general Berthier la correspondencia, contestaba por conducto de este confidente laborioso, y su voluntad que, expresada con su boca sobre el mismo terreno, con la vehemencia que nace de la vista de

dencia el duque de Rovigo. Esta correspondencia muy detallada, pinta todas las fases de la campaña con una verdad sorprendente y una sinceridad que seduce á la primera lectura. Merced á esta correspondencia he podido reproducir ciertas particularidades preciosas, sin dar á la historia colores de capricho, como se corre riesgo de emplearlos, cuando se quiere hacer obrar ó hablar con demasiados pormenores á personajes que ya no existen y que llevaron al sepulcro el recuerdo de lo que se hizo ó se dijo en su presencia.

las cosas, apenas hubiera bastado á superar las dificultades peculiares de España, su voluntad formada por análisis de correspondencia, transmitida por intermediarios, no era mas que un son repetido y debilitado por lejanos ecos. Asi no se ejecutaba sino raras veces, y en minima parte.

Al llegar Massena á Salamanca halló por donde quiera el triste efecto de semejante estado de cosas. Sin duda se habian recibido, algunos porciones de material enviadas de Francia despues de la paz con Austria, algunas mulas, algunos caballos, algunos cajones, pero cada cuerpo se apoderaba de lo que podia coger al paso, y gastabalo en sus cotidianas necesidades antes de la entrada en campaña. Fuera de esto, aun mas horroroso que en Aragon, habia sido el tiempo en las Castillas, y tanto que de Salamanca á Ciudad-Rodrigo un tiro de doce caballos apenas podia hacer andar á una pieza de á veinte y cuatro cada dia dos leguas. Juntese á todo la presencia de las guerrillas, mas numerosas y mas audaces que nunca, interceptando los convoyes, si no iban escoltados por fuerzas considerables, y aun se distará mucho de formar idea cabal de los obstáculos que habia de superar Massena. Tamien la urgencia de las necesidades del ejército habia engendrado abusos que no reprimian los gefes por complicidad ó por fatiga. Soldados y algunos oficiales arrancaban á los paisanos trigo ó ganado, no para alimentarse, lo cual es siempre una excusa entre gente de guerra, sino para revenderlo y proporcionarse asi algun dinero. Asimismo se entregaban al contrabando de los géneros coloniales, dejando pasar recuas de mulas cargadas de tales mercancías, mediante un tributo, y hasta

se proponían á vender su libertad á los prisioneros españoles, consintiéndoles por dinero la fuga. Aunque poco severo, afligióse extremadamente Massena al ver rebajada á tal punto la disciplina del ejército francés en comarca que tan fatal le era. Solo una cosa halló inalterable en el rostro curtido de aquellos antiguos compañeros de armas, la moralidad nunca ajada por el infortunio y con la que ni toda Europa reunida un día sobre París conseguiría dar al traste.

Independientemente de esta situación general del ejército, cada cuerpo tenía sus miserias particulares. Prontos á operar inmediatamente no había en Castilla la Vieja mas que el sexto cuerpo del general Ney y el octavo del general Junot, y aun este último se había visto precisado á extenderse hasta Leon, es decir, á treinta ó cuarenta leguas de distancia. Quedado había el segundo cuerpo del general Reynier junto al Tajo, á la otra parte de la sierra de Guadarrama, y no debía juntarse al ejército de Portugal hasta dar cima á los sitios que tenía á cargo. Por tanto, la fuerza de estos cuerpos no era la que Napoleón había esperado y prometido: el del mariscal Ney que, luego de unirsele la division de Loisson, debía constar de treinta mil hombres, no pasaba de veinte y cinco ó veinte y seis mil; tanto disminuía el efectivo de los cuerpos la sola entrada en España. A la verdad, salvo los recién llegados con Loisson, se componía de soldados admirables, endurecidos en la fatiga, que habian figurado en Elchingen, Jena, Friedland, así como en todas las grandes jornadas de la guerra de España, prontos á acometerlo todo, entusiastas por su gefe, pero no obedeciendo mas

que á él de buen grado. El octavo cuerpo que en el principio debió ascender á cuarenta mil hombres, y á treinta mil luego, despues de enviar á otros cuerpos destacamentos numerosos, no contaba mas que de veinte á veinte y un mil soldados. Recientisimamente se le habia disminuido una division para velar por las comunicaciones, providencia que hizo que el despecho del general Junot subiera de punto. Por lo que hace á este cuerpo, se hallaba formado completamente de reclutas, lo cual era una gran causa de debilidad, no para el combate, sino para la resistencia á las fatigas. Llegados en parte los terceros y cuartos escuadrones de dragones y unidos, despues de muchos trabajos de conjunto á los escuadrones primeros y segundos, proporcionaban al general Montbrun una reserva de cuatro mil excelentes ginetes, lo cual elevaba á cincuenta y uno ó cincuenta y dos mil hombres el ejército del general Massena dispuesto á operar inmediatamente, bien que le debiera aumentar el segundo cuerpo destinado á unirsele mas tarde. Este, despues de lo que habia padecido á las órdenes del mariscal Soult, en Portugal y mas recientemente junto al Tajo, apenas contaba quince mil hombres, privados de sueldo hacia muchos meses, casi desnudos, pero tan briosos y aguerridos como los del mariscal Ney, y prontos, aunque descontentos, á llevar á cabo lo mas difícil en materia de operaciones de guerra. Llamando en materia de operaciones de guerra. Llamando, pues, cerca de si á Reynier podia contar el general en gefe con sesenta y seis mil soldados á lo sumo; pero las enfermedades del verano, los sitios que se iban á emprender, las guarniciones que seria forzoso dejar en las plazas conquistadas, debian

mermar la total fuerza en quince ó diez y seis mil hombres y reducir el ejército de Portugal á cincuenta mil combatientes. Ya la guardia imperial era llegada á Burgos, pero queriéndosela reservar Napoleon por si iba personalmente á España, vedó moverla de allí á no haber una necesidad apremiante. Quedaba el cuerpo del general Drouet, compuesto de las dos antiguas divisiones de Oudinot, calculado primero en diez y ocho mil hombres, conteniendo treinta y cinco mil solamente, y que aun se ocupaba en rehacerse sobre las costas de Bretaña. De consiguiente, Massena solo tenia á su disposicion los cuerpos de Ney y Junot por el momento, y el de Reynier cuando atravesara la frontera de Portugal, pero en ningun caso podia reunir mas de cincuenta mil hombres, dado que la llegada de las tropas de Reynier seria apenas compensacion bastante de las pérdidas que resultarían de los sitios, de las guarniciones y de la estacion. A vista de cuanto acababa de descubrir sobre el mismo terreno, inferioridad de número, falta de material, mal espíritu de los gefes, destruccion de la disciplina, Massena columbró grandes infortunios, y escribió á Napoleon cartas tristes, mas profundamente sensatas, y tales, en fin, como correspondia que las escribiera uno de los hombres de guerra mas perspicaces y mas experimentados de este siglo. Dijo la verdad sin debilitarla ni exagerarla, y reclamó todo lo que hacia falta, no afirmando el buen éxito ni aun cuando se le remitiera todo lo que pedia, tan difícil consideraba hacer la guerra, no contra los portugueses y los ingleses, sino contra el suelo, el clima, la esterilidad de Portugal. Viejo, fatigado y desprovisto de ilu-

siones, se puso á la obra con mas aplicacion que habia acreditado en ninguna época de su vida.

Se le habia dado un intendente de su eleccion, el comisionado en gefe Lambert, un oficial de artilleria consumado, el general Eble, un buen oficial de ingenieros, el general Lazowski, y por último, un gefe de estado mayor que le era devoto y que tenia juicio, exactitud, denuedo, el general Fririon. Ayudado por estos colaboradores y por el general Thiebault, gobernador de Salamanca, dedicóse á crear lo no existente y á reparar lo destruido. Para lograrlo empezó por hacer que ingresaran en la caja central del ejército las contribuciones que cada cuerpo habia impuesto para su uso en las provincias que ocupaba. No dejaron los gefes de oponer resistencia, pero exigiólo Massena y lo obtuvo. Con instancia pidió que de Paris se le enviaran algunos fondos para pagar el sueldo atrasado, y luego con los recursos que se habia proporcionado esmeróse en formar almacenes generales en Salamanca. Atrajo allí las mulas compradas en el Mediodía de Francia para las necesidades del ejército de Portugal; hizo montar cuanto artilleria de grueso calibre pudo reunir sobre cureñas de sitio, aceleró su transporte á Ciudad-Rodrigo, y agregó los útiles y las municiones con que pudo cargar los caminos. Ciudad-Rodrigo, distante tres ó cuatro marchas de Salamanca, está situada en una llanura árida, desierta, de veinte ó treinta leguas de anchura, adonde era indispensable llevarlo consigo todo, pues apenas habia ni aun verde para los caballos. Massena hizo llevar cuanto pudo á fin de proveer á la subsistencia de los soldados que allí iban á reunirse. Estos solda-